

un hombre feliz*

georges dumézil

Traducción de Luis Alfonso Paláu **

"Más de uno, como yo sin duda, escribe para perder el rostro. No me preguntéis quién soy ni me pidáis que permanezca el mismo...".

Arqueología del Saber

En la primavera de 1954, mis amigos de la universidad de Upsala me pidieron que les designara un lector francés. Procedimiento poco ortodoxo que ignoraba nuestras relaciones culturales. Pero desde que yo había ocupado el puesto, de 1933 a 1935, estrechos lazos me ataban a Upsala, a donde yo iba todos los años a trabajar uno o dos meses en la admirable biblioteca que es la Carolina Rediviva. Y estaba muy encartado con mi misión cuando Raoul Curiel, que regresaba de Afganistán, me dijo que él tenía mi hombre. Acababa de conocer a un joven normalista, agregado en filosofía, aún incierto de su carrera, y a quien no dudaba en calificar como **"el ser más inteligente que había conocido"**. No pregunté nada más y escribí a Michel Foucault haciendo un elogio sincero de la vida upsaliana. El aceptó. Como yo pasaba el verano en el país de Gales, no lo vi antes de su partida.

Al año siguiente, al finalizar mis cursos en el Collège volví a tomar el camino de mi laboriosa Upsala, curioso por ver en acción al **"ser más inteligente del mundo"**. Ahora bien, él reinaba sobre la juventud sueca, sobre la **"buena sociedad"** universitaria. Sus cursos publicados producían escándalo. Las madres les llevaban a sus hijas para escucharle hablar de **"el amor en Francia de Sade a Jean Genet"**. Y él mismo había encontrado reunidos en tres salones de la Carolina una rica biblioteca médica del siglo XVII y del XVIII. Un viejo legado que dormía le esperaba: ¡La **"Historia de la locura"** progresaba! En resumen, un hombre feliz. Fue entonces

* Traducido de *Le Nouvel Observateur* N° 1025 del 29 de junio al 5 de julio de 1984.

** El traductor es Profesor Asociado en la Universidad Nacional de Colombia, Sede de Medellín.

cuando lo descubrí. De treinta años mi muchacho, se encontraba desde esos primeros días, fraternal, abierto, dedicado, confiado. Se anudó entre nosotros naturalmente una amistad que, durante los treinta años siguientes, no habría de conocer ni sombra ni grieta. Lo volví a encontrar en Upsala en 1956; después él dejó Suecia para ir a Hamburgo, a Varsovia, a Clermont-Ferrand. Yo no hube de intervenir más en su carrera, excepto cuando —un poco más tarde— en 1970 se pensó en él para el Collège de France. Fue Jules Villemain quien lo presentó cuando murió Jean Hyppolite. Ya no era más que profesor honorario y descubría tardíamente a los Estados Unidos: mi papel se limitó a escribir desde Chicago a seis colegas electores que, dijérase lo que se dijera, Michel Foucault no era el Diablo. Más bien lo contrario. Fue elegido más que honorablemente.

Otros presentarán su obra. Sólo retomaré la expresión de Raoul Curiel. La inteligencia de Foucault era, literalmente, sin límites, incluso sofisticada. Había instalado su observatorio sobre las zonas del ser viviente en donde las distinciones tra-

dicionales del cuerpo y el espíritu, del instinto y de la idea parecían absurdas: la locura, el crimen, la sexualidad. Desde allí su mirada daba vueltas como un faro sobre la historia y sobre el presente, presto a los descubrimientos menos tranquilizantes, capaz de aceptarlo todo, excepto el detenerse en una ortodoxia. Una inteligencia de focos múltiples, de espejos móviles, en la que el juicio que acababa de nacer se duplicaba inmediatamente con su contrario sin destruirse ni echar para atrás sin embargo. Y todo ello, como es usual a ese nivel, sobre un fondo de extrema benevolencia, de bondad. Las adhesiones que él ha despertado en la juventud intelectual, en Francia, en los Estados Unidos, en el propio Japón, la resonancia de algunos ensayos que tuvo tiempo de publicar se explican tanto por esta generosidad como por la potencia de su dialéctica y la seducción de su arte. Nuestra amistad fue un fácil acierto. Después de Pierre Gaxotte hace dos años, después del upsaliano Stig Wikander el invierno pasado, Michel Foucault retirándose me deja un poco más despojado, y no solamente de los ornamentos de la vida sino... de su substancia.